

*Laudatio del Prof. Villacañas Berlanga con motivo de la
investidura como doctor “honoris causa”
del Excmo. Sr. Hans Ulrich Gumbrecht*

28 de abril de 2022

Ilustrísimo y Magnífico Rector, Queridas y queridos colegas: Me propongo en estos minutos responder al honor que me concede nuestra Universidad, y justificar el emotivo acto de acoger al Profesor Hans Ulrich Gumbrecht entre nuestros doctores. Y precisamente entre nuestros doctores de Filosofía. La pregunta que debo responder es doble. La primera concierne a los méritos filosóficos de Gumbrecht. La segunda nos interpela de forma más precisa a nosotros, filósofos de la Universidad Complutense de Madrid, que tenemos nuestro punto de referencia en la obra de Ortega y Gasset. Pues bien, en estos minutos espero dejar asentado en vuestras conciencias universitarias que hoy es un gran día para nuestra Universidad. Un nuevo doctor, admirado por las Universidades de todo el mundo, honra nuestro claustro y llevará el nombre de la UCM a todos los lugares que reclaman sus libros, lecciones y conferencias.

Gumbrecht nació en 1948 en Würzburgo, Baviera. Como muchos universitarios alemanes, frecuentó las aulas de filología, filosofía, sociología y por motivos estrictamente filosóficos incluso las de teología. Uno de sus profesores fue el cardenal Ratzinger. Otro maestro que debemos citar es Wolfgang Iser, a quien conoció en la Universidad de Konstanz. Iser, cosmopolita y viajero como Gumbrecht, es conocido como el teórico de la teoría de la recepción. Esta teoría no puede comprenderse sin la Filosofía hermenéutica que procede de Schleiermacher, pasa por Dilthey y hace pie en la gran propuesta de Gadamer. Es importante señalar esta genealogía porque nos demuestra que la tradición de Humanidades de la que Gumbrecht procede es inseparable de la filosófica.

Esta tradición no solo afirma la comprensión unitaria integral de las Humanidades. Hay algo más. Pues nadie como Gumbrecht ha sabido colocar a la Filosofía, con una intensa fidelidad creativa, en el centro mismo de una novedosa comprensión de los estudios de Humanidades en un sentido muy amplio. En su obra los aportes de la teoría de la literatura se cruzan con el instrumental filosófico, pero siempre con la mirada dirigida a la concreción social de la vida cotidiana. Podemos decir que, para Gumbrecht, la filosofía enraíza en la sociedad mediante la creación de los textos literarios e históricos, las prácticas culturales, las convicciones religiosas, las instituciones públicas, las celebraciones deportivas, y por algo sutil que podemos llamar las actitudes vitales que caracterizan un tiempo histórico. No es por tanto un azar que nuestro Departamento de Filosofía y Sociedad y nuestra Facultad de Filosofía hayan elevado a nuestras autoridades académicas la propuesta de que lo reconozcan como nuestro doctor.

He hablado antes de fidelidad creativa a sus maestros y ahora me propongo demostrarla brevemente. Iser destacó que leer, la clave de la continuidad de nuestra civilización, constituye un acto creativo en el que el escritor, por muy consciente que sea, no tiene

capacidad de coaccionar plenamente al lector. Eso hace de leer el acto supremo de la libertad humana. Por eso, los tiranos del mundo entero lo primero que hacen es prohibir leer, y por eso la libertad moderna está levantada sobre el libre acceso a la Biblia. Se habla mucho de la libertad de conciencia. Pero esta se afirma en la lectura. Esa libertad procede del hecho de que el texto siempre tiene que ser completado en su sentido por el lector. Escribir es solo una parte de la transmisión del sentido del mundo. La otra parte debe ultimarla el lector. La tradición de leerlo constituye realmente el sentido completo de un texto.

Pues bien, Gumbrecht aceptó estas premisas, pero las modificó en una serie de avances que constituyen aportaciones de primer nivel. Esas aportaciones proceden de importantes conceptos filosóficos. En efecto, por mucho que el texto siempre deje espacios en blanco que el lector debe rellenar, el texto no es un espacio en blanco. Los espacios en blanco están acotados, no son arbitrarios, se rigen por una serie de aspectos que guían la intervención del lector. Esta no es una libertad omnímoda, sino que ha de ser sometida a reglas, como toda auténtica libertad. Por eso el lector responsable se ha de atener a ellas. Quizá por influencia de un autor al que nuestro Departamento ha prestado especial atención, Reinhart Koselleck, a cuyo monumental diccionario *Conceptos históricos fundamentales* Gumbrecht colaboró con entradas decisivas, el primer reto que impone el texto a su lector es respetar su tiempo histórico. El lector responsable no debe dejarse llevar por los caprichos de los anacronismos. El tiempo histórico del texto es algo que el autor nunca escribe, pues la experiencia del tiempo es justo desde donde se escribe. Si esa experiencia del tiempo no se reconstruye desde el lector, ese espacio en blanco queda vacío y el sentido del texto no se revela del todo.

Gumbrecht ha escrito dos obras monumentales guiado por este principio, que ha mejorado por hallazgos filosóficos decisivos. Una, titulada *En 1926, viviendo al borde del tiempo*, es importante para nosotros los filósofos, pues se propuso reconstruir la experiencia del tiempo desde la que se escribió una obra tan central para nosotros como *Ser y Tiempo*, de Heidegger. Esta obra ha sido objeto de una profusa interpretación de su sentido. Pero Gumbrecht mostró la experiencia del tiempo desde la que se escribió, y de esa manera ofreció un marco de interpretación que no puede estar en el texto mismo. Esos otros textos, que no pueden formar parte del texto que se analiza, son su verdadero complemento y son los que debe aportar el lector atento. El segundo libro es *Después de 1945, Latencia como origen del presente*, en el que, de la misma manera, analiza esa hora cero de Europa y del mundo que afecta al sentido del presente a partir de los aspectos latentes que se concentraron en ese año central de nuestro imaginario histórico. Esas latencias resultan ser la condición de sentido de obras como el *Ser y la Nada* de Sartre, o *Esperando a Godot*, de Becket, pero también de los más recientes acontecimientos que estamos viviendo hoy.

Gumbrecht mostró en estos libros que el texto no sólo tiene la aspiración de producción de sentido, sino que también encierra la producción de presencia. Ahora bien, la libertad del lector en la producción de presencia es mucho más restringida que la libertad de producción de sentido. La propuesta que nos hace Gumbrecht es que la condición estética de una obra procede también de su producción de presencia. Esta tiene la pretensión del

tornar presente algo ausente (pasado, por ejemplo) mediante esquemas y vivencias temporales y modos materiales e inmateriales de traer algo a intuición. Tan decisiva es la descripción de un cuadro de época, como la identificación de espacios singulares, técnicas, elementos cotidianos, sinestesias, anuncios, periódicos, y esto implica una relación nueva de la obra con la vida cotidiana como elemento central de toda reconstrucción estética. Dentro de dimensiones inmateriales, la más central es la identificación de latencias, las pulsiones contenidas y acalladas, reprimidas y desplazadas, pero también los estados de ánimo, las atmósferas, o lo que en su último libro llama “la vida de las voces”.

Gumbrecht, a partir de esta lógica, ha logrado una propia cartografía conceptual, con acuñaciones memorables. Puede aplicarla a la figura del filósofo Denis Diderot, en un libro genial titulado *La prosa del mundo*; o puede aplicarla a nuestro presente, mostrando la alteración radical de nuestra experiencia del tiempo y aquello que podemos llamar nuestro lento presente. Puede aplicarla a las producciones más excelsas de las humanidades medievales, a la vida en las ciudades universitarias o a los juegos olímpicos, en su libro mundialmente célebre *Elogio de la belleza atlética*.

Estos y otros méritos son muy importantes a nivel general y han determinado que más de una docena de Universidades de todo el mundo lo nombren *doctor honoris causa*. Pero lo específicamente importante para nosotros es que ese arsenal conceptual, de raíz estrictamente filosófica, lo ha aplicado a las realidades culturales hispanas y a la cultura de los pueblos iberoamericanos. Desde que Gumbrecht llegó a Salamanca en el lejano 1969, nada de la tradición cultural española le ha sido ajeno. Aquí conectó con los discípulos de nuestra mítica Facultad de Letras y con la propia tradición alemana de grandes hispanistas, como Karl Vossler, Leo Spitzer, Helmut Hatzfeld o Ernst Robert Curtius. El resultado de esta dedicación es una monumental *Historia de la literatura española*, creativa, original y verdaderamente inspirada, con un arsenal filosófico de interpretación inolvidable. Desgraciadamente, esta obra aún no está traducida. Pero quien desee tener una aproximación al espíritu que la anima, podría ir a otro libro que sí está traducido, *Estados de ánimo, sobre una ontología de la literatura*.

Pero ahora deseo decir lo que a mi modo de ver es lo más importante. Cuando Gumbrecht estaba acabando su edición del *Oráculo Manual* de Baltasar Gracián para la editorial alemana Reclam, siguiendo la estela de Arthur Schopenhauer, tuvo necesidad de identificar lo peculiar de la tradición intelectual española. Lo vio en la noción de *ingenium*. Sin embargo, esta palabra latina, que puso en circulación Juan Luis Vives, tiene su propio sentido, pero difícil traducción. En todo caso, es la clave de la obra de Gracián. Respecto de ella se nos dice en esa edición: “La conciencia del estilo conceptista no aspira a ninguna conceptualidad abstracta. Los conceptos [en el estilo conceptista] aparecen como presos que circulan a través del movimiento del lenguaje”. Y concluye: “La prosa conceptista sobresalió como una filosofía”. En cierto modo, es nuestra filosofía. Esa conceptualidad concreta, circunstancial, que circula en el movimiento del lenguaje, es la de Ortega, quien por eso y moviéndose en esa misma tradición barroca habló de *conceptos ocasionales*.

Expongo esto porque debo acabar diciendo el principal motivo por el que debemos acoger a Gumbrecht en nuestro claustro. En la tradición filosófica iniciada por Platón se

representa la vida eterna del filósofo como idealmente instalada en el Elíseo, donde los sabios mantienen una conversación alrededor del bien, de las leyes, de lo bello y de lo justo. Esta conversación no sucede en el más allá, sino en el tiempo de nuestra vida. Todos esos sabios viven en nosotros. En cada generación los tornamos a la vida. Pues bien, en esas llanuras imaginarias de la conversación filosófica perenne, me represento a nuestro Ortega conversando con Gumbrecht, ambos filósofos mundanos e ingeniosos. Con agradable sorpresa, Ortega saludará a este representante de la gran cultura occidental como su compañero de claustro. Pues, con él, Gumbrecht puede embarcarse en una reflexión sobre qué es la vida, cómo analizar la belleza vital del deporte; con Ortega hablará acerca de la razón histórica y del tiempo histórico; con Ortega discutirá sobre la estructura conceptual de la vida cotidiana, analizando las creencias más básicas que la ordenan. Con Ortega hablará del amigo Gracián y debatirán sobre ese centro oculto de la historia, ese juego de latencia y presencia que ya se intuyó en *Meditaciones del Quijote*. Y con Ortega, Gumbrecht conversará sobre los medios de comunicación, sobre sus intervenciones en los periódicos, porque el *ingenium* gusta de proyectar sus acuñaciones en todos los fenómenos de la vida. Imagino a Gumbrecht explicando a Ortega sus intervenciones en programas de filosofía en la televisión alemana o su experiencia como comentarista de grandes acontecimientos deportivos, llevando al público más amplio la vida de la inteligencia y del espíritu, como Ortega hizo. Y del mismo modo que Ortega fue un testigo constante de su época y volcó su energía en una comprensión plena de la vida, así el vitalismo y la energía sostienen la aguda mirada de Gumbrecht sobre la realidad, y por eso nos la devuelve elaborada como una ontología móvil y vivaz de nuestro presente. Y por eso, en esa Isla imaginaria de los Bienaventurados que, en el fondo, -y no nos engañemos- es la idea misma de nuestra vida universitaria, Ortega se sentirá feliz de recibir a un espíritu afín, al doctor Hans Ulrich Gumbrecht, con un emocionado “Bienvenido a la Complutense, Sepp”. Y si Ortega, con seguridad, haría justamente eso, nosotros solo podemos secundarlo diciendo: “Bienvenido a nuestro claustro, Dr. Gumbrecht”.